

Trampolín

Tomás Downey

El estacionamiento del complejo está lleno de autos. Facundo estaciona lejos de la entrada y camina con su hija bajo el sol. Siempre tenés que mirar para todos lados, le dice. Acá los coches van despacio, pero pueden salir de la nada, hay que estar atento. Josefina sonríe. ¿De la nada?, pregunta. Es una forma de decir, le explica Facundo sin terminar de entender si su hija lo está cargando. Siente la mano pequeña y transpirada en la suya, el tacto lo reconforta.

Están caminando hacia la boletería. Él le pregunta si lo extrañó y ella asiente. ¿Seguro? Sí, papá, dice riéndose. Te extrañé.

Facundo paga las entradas. Josefina pasa con tarifa de niño, todavía. Buscan dos reposeras libres cerca de la parte poco profunda. Ella tiene una mochila colgando de un hombro, rosa como su traje de baño y como la gomita que le ata el pelo. Adentro hay una bombacha, una toalla y una remera. Facundo piensa en el momento en que tenga que cambiarla. Ya es demasiado grande para el vestuario de hombres. Va a tener que esperar junto a la puerta, buscar a una mujer que le parezca confiable, pedirle por favor, esperar. Como hace unos meses en el baño de un cine, los cinco minutos más largos de su vida.

La pileta es enorme y está llena de gente. Tiene forma de L. La parte más profunda, anuncia un cartel, llega a los tres metros. Sobre ese extremo, el trampolín. La escalera sube lo suficiente para que incluso Facundo adivine el vértigo que debe sentirse desde allá arriba. La tabla se prolonga sobre el agua y la gente pasa. Uno por uno. Algunos se asoman y dudan un momento, pero miran hacia atrás y ven al próximo, que ya sube y bloquea la única salida. Entonces saltan, rebotan y al agua. Con los ojos cerrados, o tapándose la nariz, o los brazos bien abiertos y un grito agudo que se corta con el ruido de la zambullida. Pero hay otros más decididos, que no vacilan. La vista fija hacia adelante, la columna erguida, la carrera y el salto.

¿Puedo ir?, pregunta Josefina. Facundo se ríe. No, mi amor. Es para los grandes. Está prohibido para los chicos. Pero entonces mira de nuevo y hay un nene más joven que su hija. Un chico petiso y flaco que no tendrá más de siete años. Un hombre que debe ser el padre lo aplaude desde el agua. El guardavidas los mira a través de sus anteojos de sol. No grita, no toca el silbato, no hace nada. El chico saluda, sonríe nervioso, corre hasta el final de la tabla y se tira de bomba. El padre se sumerge y un instante después sale con el hijo agarrado a su cuello. Josefina lo mira de nuevo. Más tarde vemos, le dice él.

El pie de la L es la parte baja. Facundo camina con su hija hasta las escaleras. Trata de agarrarle la mano, pero ella sale corriendo y se le escapa. Te podés resbalar, la llama, pero Josefina no lo escucha. Él apura el paso y la alcanza cuando está por meterse.

Su hija quiere mostrarle todo lo que aprendió en las clases de natación. Pide que él diga un estilo y después nada de una punta a la otra de la parte baja. Facundo la ve ir y venir. Crawl, espalda, rana, perro. ¿Perro?, pregunta ella. Eso no existe, papá. Facundo le muestra, Josefina se ríe. Y después de un silencio ella mira de nuevo hacia el trampolín. ¿Ahora puedo? Él responde que no, es peligroso. Pero Josefina apoya los brazos en el borde y recuesta la cabeza. La boca fruncida, el cuerpo apretado. Él se acerca y le saca el pelo de la cara, pegado a sus mejillas por el agua. Más tarde, le promete. Ahora vamos a almorzar.

Hamburguesas con papas fritas y Coca-Cola. Facundo apenas come, mira el trampolín. Las mesas están cerca de la parte poco profunda, separadas del agua por una reja. El piso está lleno de comida aplastada y pegotes. Para volver al otro sector hay que enjuagarse los pies, así la gente no arrastra la mugre. De todas formas, el agua parece sucia. Una capa de aceite, de bronceador, que flota sobre la superficie y devuelve reflejos tornasolados. Una señora gorda salta desde el trampolín y al caer salpica las reposeras más cercanas. Dos mujeres la aplauden desde abajo. La siguen un hombre de la edad de Facundo, rubio y con mucho pelo en el pecho. Después una mujer en bikini, a la que se le desprendió el corpiño por el choque con el agua. Alguien chifla y la mujer se tapa, se ríe.

Dos chicos, apenas más jóvenes que Josefina, se asoman a la tabla. El guardavidas se para y hace sonar el silbato. Facundo apoya su hamburguesa. Pero el guardavidas levanta un dedo y los nenes entienden antes que él que les está diciendo que salten de a uno, que lo único que no pueden hacer es ir juntos.

Josefina come la mitad de su plato. ¿Ahora?, pregunta. Hay que hacer la digestión, le contesta Facundo, en un rato. Vuelven a las reposeras, y ella se mete al agua, se acerca a dos chicas con timidez. Enseguida se hacen amigas.

Facundo lee, pero no puede concentrarse demasiado, todo el tiempo mira por sobre el libro. Está todo bien, su hija parece divertirse, pero hay que estar atento al agua, a la multitud, al sol que empieza a bajar y lo adormece.

Después de un rato, las amigas de Josefina se van. Ella sale del agua y se acerca a su papá. Voy al trampolín, dice. Y es una pregunta, pero también una afirmación. Él cierra su libro. Ella salta de un pie al otro. Está mojada y juega a imprimir sus huellas sobre el piso, está contenta.

Ya no queda tanta gente. En la cola hay unas diez personas y Facundo la

acompaña. ¿Vas a subir?, pregunta ella. Él dice que no, que va a esperarla en el agua para ayudarla a salir. Puedo sola, se defiende Josefina. Es muy alto, mi amor, cuando caigas te vas a hundir. Ya sé que podés sola, pero por las dudas.

Detrás de ellos se ubica una mujer joven. La fila avanza, dan un paso. Josefina se da vuelta y la mira. La mujer le sonríe. ¿Vas a saltar? Josefina responde que sí. Qué valiente, dice la mujer, yo no sé si me voy a animar. Josefina mira al trampolín, los ojos le brillan. Yo te empujo si querés. Las dos se ríen.

Facundo aprovecha y le explica a la mujer que él prefiere esperar a su hija en el agua, que si ella puede cuidarla mientras suben, que si no le molesta... Ella lo interrumpe. Sí, no hay ningún problema, queda tranquilo. Es una linda mujer, piensa Facundo, y se pregunta si habrá venido sola.

Arriba, un chico salta, da media vuelta y cae mal. El sonido del cachetazo contra el agua hace que todos miren. El chico sale con la espalda y la cara rojas. De palito, le dice Facundo a su hija, tenés que saltar derecha, con los brazos pegados al cuerpo para caer con los pies. Sí, papá, le contesta ella con un hastío que aprendió de su madre, como si hubiera nacido sabiéndolo todo.

Ya están al pie de la escalera. Josefina se agarra de la baranda. Facundo mira a la mujer, que lo tranquiliza con un gesto. Él agradece una vez más y se tira al agua. Se agarra del borde con una mano y sigue a su hija con la mirada. Agarrate bien, le grita. Pero ella no parece escucharlo. La mujer, aunque no se pueda subir de a dos, va detrás de Josefina para atajarla en caso de que resbale.

Facundo mira hacia arriba, la luz lo ciega. Trata de hacerse sombra sobre los ojos mientras patalea para mantenerse a flote. Su hija ya está sobre la tabla y mira hacia abajo, asoma la cabeza con los pies firmes sobre la madera. Él apenas ve su contorno, recortado contra el sol que baja.

Josefina se asoma una vez más, calculando la distancia. Camina hacia atrás para tomar carrera. Corre, salta. Él cierra los ojos por un segundo, los tiene irritados por el sol y por el cloro. Escucha un grito, o una risa. Vuelve a mirar, y Josefina debería estar en el aire, a punto de caer, pero no. Tampoco se escuchó la zambullida. Arriba, la mujer se asoma a la tabla, mira hacia abajo. Facundo se queda inmóvil durante uno o dos segundos, sin entender. Después se sumerge.

Abajo no hay nadie, ni burbujas que suben, ni agua revuelta. Sólo el fondo celeste, pintado con rayas negras. Todo muy quieto, congelado. Facundo saca la cabeza y le hace señas al guardavida, que en un mismo movimiento se para, se saca los lentes y se tira al agua.

El guardavidas nada con movimientos ágiles, girando sobre su eje para ver en todas direcciones. Facundo baja hasta tocar el fondo con la mano, se queda sin aire y sale a respirar. La mujer está bajando las escaleras, la gente protesta. El guardavidas saca la cabeza y pregunta qué pasó, no hay nadie para rescatar. Él le explica: mi hija saltó, estaba en el aire, y después nada. No puede ser, responde el guardavidas. La mujer corre hacia ellos. ¿Dónde está?, pregunta. Ella la vio, dice Facundo, los dos la vimos.

No puede ser, repite el guardavidas. La gente se acerca a escuchar. Facundo mira a su alrededor. Recorre las caras de todos los niños. Se sumerge de nuevo.

Dos o tres empleados preguntan a la multitud si alguien vio a una nena saltando del trampolín, tenía una malla rosa. Facundo sale a respirar, está agitado. Excepto la mujer que subió con Josefina, nadie vio nada. Un gerente se acerca a preguntar qué está pasando. No puede ser, dice cuando le explican. Facundo sale del agua y va hasta su reposera. Su remera, su libro y la mochila de su hija siguen ahí. Le muestra las cosas y ellos le dicen que está bien, que en algún lado tiene que estar. La mujer está con él. Yo la vi, saltó, dice. El guardavidas y el gerente la miran. Ya avisamos en la puerta y llamamos a la policía, quédense tranquilos.

El público empieza a irse. Nadie más saltó después de Josefina. Yo la vi, murmura la chica, como si hablara para sí misma. Facundo les muestra la mochila una vez más. La abre, saca la remera, las colitas de pelo, la toalla.

Un policía, en la puerta, pide documentos a la gente que sale. Algunos no los tienen encima y protestan. Alguien llama a Facundo desde allá, para que diga si una nena morocha de pelo corto es Josefina. Él corre hacia la puerta, la ve y sacude la cabeza. La madre de la chica le sonríe con gesto comprensivo, sin soltar la mano de su hija. Otro policía revisa los vestuarios y un tercero el alambrado que bordea al complejo. Es imposible, repiten todos.

Suena el celular de Facundo, es la madre de Josefina. No la va atender ahora. El lugar está casi vacío, se está haciendo de noche. Quedan los policías y los empleados de un lado, la mujer y él del otro. Facundo la mira. Vos la viste. Ella se muerde el labio. Deciles que la viste, por favor. Sí, murmura la mujer. Pero después mira al piso y dice que no sabe, que no puede ser. Tenemos que tomarles declaración, interrumpen los policías. La mujer mira su reloj, se muerde el labio. Facundo sigue con la mochila en la mano, se da cuenta porque los dedos empiezan a dolerle de tan fuerte que aprieta. La deja sobre una reposera. El trampolín se asoma sobre el agua, allá arriba. Facundo camina hacia la escalera. Lo llaman, pero no se detiene. Sube rápido y se asoma a la tabla, se para en el

borde, mira hacia abajo. Desde ahí parece más alto. El agua está demasiado quieta y el vértigo le nubla la vista. Pero cierra los ojos y salta.

Siente la velocidad de la caída en la boca del estómago, luego el golpe. Su cuerpo se hunde y él abre los ojos. Las burbujas se despejan, se disparan hacia arriba. El agua, el fondo celeste, las rayas negras. Nada más.

Un ramo de cardos

El caballo blanco avanza torcido por el camino de tierra. Parece brillar en la noche cerrada, como cubierto por un aura lechosa. Alonso se seca la transpiración que le arde en los ojos, pestañeá. Por un momento cree estar imaginándolo, algo en el andar tiene la cadencia amortiguada de un sueño. Se oye el ulular de una lechuza y él toma un sorbo de vino, apoya el vaso en el piso y se acerca a la tranquera. Recién entonces ve al hombre que trae el caballo de las riendas.

Buenas noches, saluda el extraño, y se toca la boina. Voy a la chacra de Ortigoza. Sí, responde Alonso, para allá.

El hombre asiente, mira hacia el camino. El caballo no puede más, dice, ¿le puede dar agua?, vuelvo a buscarlo en unos días.

El caballo jadea con inhalaciones cortas y ahogadas, la boca entreabierta y los ojos blancos saliéndose de las cuencas.

Vengo por la carneada, a la vuelta le traigo unos chorizos, dice el hombre, y empieza a desatar la montura.

Alonso no contesta, mira los surcos profundos entre las costillas del animal. El hombre dice gracias y le alcanza las riendas, se despide con un gesto y se aleja silbando con la montura al hombro.

Él lo mira irse hasta que oye de nuevo a la lechuza. Entonces se sacude como si le hubiese bajado un frío por la espalda y ata las riendas al poste, donde los pastizales crecen altos. Acaricia el cuello del animal, le mira los ojos; las pupilas apenas se distinguen detrás de un velo gris, como de cataratas.

Busca un balde y lo llena de agua. Al pasar, se sirve un vaso de la damajuana. María acaba de encender una luz, está despierta.

El caballo no quiere tomar, apenas se mueve. Alonso le acerca el balde a la boca pero no hay caso. Le da una palmada cariñosa en el lomo y mira hacia la luz en la

ventana; arranca unos cardos, los junta en un ramo, se chupa una gota de sangre que asoma en la yema del pulgar.

María está en camisón. Alonso le alcanza el ramo pero ella ni lo mira. ¿Qué hace ese bicho ahí?, pregunta. Él se vuelve hacia donde está el caballo como si el gesto bastara, como si dijese está ahí, eso es lo que hace. Tenés olor, dice María, y se va a la habitación.

Alonso pone el ramo en un vaso con agua, sale. Mira un rato las estrellas y toma vino de a sorbos cortos. Se duerme sentado.

Lo despiertan sus propios temblores, la helada del amanecer. Lo primero que ve es la capa de escarcha sobre sus botas. Después al caballo, que está muerto.

María vuelve a preguntar. Alonso la mira y muerde el pan. La manteca está un poco rancia y el vino de la noche le sube ácido por la garganta. Mastica, traga. Lo trajo un hombre, dice, lo va a venir a buscar, nos paga con mercadería.

Vivo lo dejó, contesta ella. Alonso siente un ardor en el pecho y reprime una arcada, respira hondo. María tiene el pelo seco y grueso. El sol que entra por la ventana le arranca un brillo opaco. Él estira una mano y la acaricia, agarra un mechón entre sus dedos, lo siente entre las yemas. María se levanta y da un paso atrás, dice soltame, acá se muere todo menos vos.

Baja el sol y el hombre no vuelve. Alonso entra a la casa, se sirve un vaso, toma un trago. Escucha gruñidos y corre hacia fuera, tropieza con el escalón. Cae y el vaso se rompe.

Un perro flaco trata de arrancar un bocado del lomo del caballo. Al escuchar el ruido se aleja unos metros. Alonso moja un dedo en el charco de vino, se lo lleva a la boca. Se frota un raspón en el codo y se levanta, se acerca despacio. El perro, creyendo que lo dejan, vuelve a morder.

Alonso suelta una patada y le acierta en la cadera. El perro cae hacia un costado, queda en el piso, el hocico contra la tierra. Gime y mira de reojo. Alonso pisa fuerte, dice fuera. El perro se levanta y se aleja rengueando.

María está en la ventana, Alonso la siente en la nuca. Pero cuando se da vuelta no hay nadie.

Por la noche hay tormenta. Alonso se despierta porque María lo sacude. Se cayó el techo del gallinero, le grita, las ponedoras. Él está mareado, con cada latido siente un dolor punzante detrás de los ojos. Bajo la lluvia, rescata a las que puede y las lleva a la cocina.

Hace cuatro o cinco viajes. María insulta a media voz, el piso está lleno de barro. Él junta la mugre con un trapo para que ella se pueda ir a dormir. Después apaga las luces y se queda sentado. Las gallinas le caminan entre las piernas. Se escucha el cloqueo idiota, un alboroto de alas, la tormenta.

Alonso improvisa algunos arreglos en el techo con los materiales que tiene a mano, plata para comprar no hay. Debajo de las chapas encuentra tres gallinas muertas. María prepara puchero.

La camioneta del almacén se acerca levantando polvo por el camino. Alonso agarra el paquete con los huevos y va hasta la tranquera. La camioneta frena, el chico baja la ventanilla.

Dice Juárez que no le puede fiar más, que si no tiene para pagar lo que debe no le deje nada.

Para la cosecha falta, Juárez sabe.

El chico se encoge de hombros. Alonso lo ve mirar el caballo.

Me lo dejó un hombre para que se lo cuide, dice, me va a traer chorizos y algunas cosas más. Dame una damajuana, tengo tres docenas. Llevá que son buenos. Alonso mete el paquete de huevos por la ventanilla. El chico duda un momento, pero los agarra y los deja en el asiento del acompañante.

Alonso va hasta la caja y saca una damajuana.

Espera al hombre en su silla hasta entrada la noche, toma de a sorbos largos, mira el cielo. María sale de la casa envuelta en una manta.

Hace frío, dice.

Va a venir, va a traer unos chorizos, responde Alonso. Asiente, confiado. Sí, va a venir.

Te lo dejaron a propósito, dice María, te vieron la cara.

Él mira el caballo. La lengua que asoma morada de la boca abierta; la carne rojiza, oscura, en las zonas donde lo mordió el perro. Empieza a oler mal.

Te estoy hablando, dice María, la casa está helada.

Alonso toma un trago y se levanta. Busca el hacha y separa algunos troncos. Se pone a cortar.

Burro, dice María, a oscuras no.

Alonso golpea más fuerte. Parte el primer tronco en tres pedazos. Empieza con el segundo, pero a los pocos golpes erra y la punta del hacha se clava en su bota. Él aprieta los dientes y cierra los ojos. El dolor es punzante pero a los pocos segundos le sigue un adormecimiento.

¿Qué te dije?

Alonso renguea y busca su vaso, lo toma de un sorbo. Sigue cortando hasta tener suficiente para dos o tres noches. No vuelve a errar. Entra a la casa y enciende el fuego. Está transpirado, le duelen los brazos, la herida en el pie es un latido lejano. María se acuesta y él espera a que el fuego agarre, lo va alimentando de a poco.

La casa levanta temperatura y Alonso cierra la puerta de la salamandra, se acerca a María y le besa la frente. Ella frunce el ceño, lo espanta sin despertarse.

En la cocina se saca la bota. El tajo mide unos cuatro centímetros, en el empeine, parece profundo y lo rodea una aureola violeta. Alonso vuelve a su silla, afuera.

Por la mañana no puede pisar con el pie derecho. María limpia el gallinero sola y él se queda sentado, la pierna sobre un tronco, hasta terminar la damajuana. Antes de que se haga de noche llama al almacén. Lo atiende Don Juárez.

Entre hoy y mañana me traen mercadería de una carneada.

No, Alonso.

Tengo un reloj.

¿Qué reloj?

De oro.

Mañana lo vemos.

No, Juárez, hoy.

Entra a la casa mientras María sigue en el gallinero. El reloj está en el cajón de la mesa de luz, escondido al fondo y envuelto en un pañuelo. Tiene grabado el nombre de su suegro y una fecha. Alonso le da cuerda, lo pone en hora.

Renguea hasta la tranquera y espera a la camioneta. El chico le deja dos damajuanas, pan, yerba, azúcar y un paquete de los jabones caros.

¿A ver el reloj?

Alonso lo saca de su bolsillo y el chico lo mira por todos lados, golpea el vidrio con un nudillo, se lo acerca al oído y escucha el segundero. Asiente.

María se acerca cuando la camioneta ya se aleja, pregunta con qué pagó. Él abre la

bolsa y saca los jabones, se los muestra, pero ella mira las dos damajuanas.

Me fió hasta que esté la cosecha, dice Alonso.

¿Qué cosecha?

Alonso se queda con el brazo extendido, los jabones en la mano. María entra a la casa.

El pie se hincha y el caballo hiede. En la herida del lomo, donde mordió el perro, se agita un hervidero de larvas. Un carancho se posa sobre la cabeza y empieza a picarle el ojo. Alonso busca unas piedras. Arroja una por una sin acertar.

María se acerca y le mira el pie. Tenés que ir al pueblo, al hospital.

Alonso le agarra un brazo y tira para acercarla, la huele. El jabón es de miel. Ella se sacude para soltarse. Él lanza otra piedra, erra de nuevo. El carancho hunde el pico en el ojo, arranca un pedazo y se aleja volando con los jirones colgando de la boca.

Ojalá se te pudra, dice María.

El pie está negro e inflamado, supura. Alonso se lava la herida. El cielo está celeste desde hace días y aunque haga un poco de frío el sol pega desde temprano, levanta humedad de la tierra. El caballo ya apesta toda la chacra, no se puede estar cerca. Si se mira a contraluz se ven los gases que emana el cadáver.

Alonso ve al hombre acercándose por el camino. Agarra el palo que usa de muleta y va hacia la tranquera, se tapa la nariz con un pañuelo. El hombre mira el caballo, el zumbido inquieto de las moscas. Sonríe.

Más de cien kilómetros al galope le hice. Igual pensé que aguantaba.

Alonso no responde, no tiene nada que decir.

¿Qué le pasó en el pie?, pregunta el hombre.

Nada, se cura solo, ¿y la carneada?

Bien, dice el otro, y saca seis chorizos de una bolsa, se los alcanza. Mira el caballo una vez más. Qué lástima, pero gracias, y suerte con eso. Señala el pie de Alonso, se toca la boina y empieza a alejarse.

Eh, lo llama Alonso, ¿y el caballo?

El hombre se vuelve. Ah, dice, lo ayudaría pero hay trabajo. Si no tiene con qué moverlo tápelos con un poco de cal, así no huele tanto.

No, dice Alonso, pero el hombre ya está lejos y parece no escuchar.

Prende el fuego y espera en su silla de cara al sol. María lo despierta a los gritos. Que el

reloj, dónde está el reloj. Él no responde, finge un bostezo largo. María sale y le pega en la cabeza con la palma abierta. Él se cubre con las manos. Lo buscamos, dice.

Buscalo vos, responde ella, yo me voy. Vuelvo con mi hermano para llevarme mis cosas, así que mejor que lo encuentres. Y se va para el galpón, saca la bicicleta oxidada, abre la tranquera y pedalea por el camino de tierra esquivando los pozos.

Las brasas ya están rojas. Alonso las separa y trae la parrilla, acomoda los chorizos. Con los ojos cerrados siente la grasa crepitante sobre el hierro caliente, el olor que flota en el aire, los kilómetros y kilómetros de campo que lo rodean, la tierra en la que las plantas crecen y se secan y vuelven a crecer, los animales que nacen, mueren y se pudren; y él es una parte ínfima de todo eso que gira alrededor del sol; y para qué, que alguien se lo diga, para qué resistirse a esa inercia si a él le basta con mirar el cielo para saber que ese movimiento en espiral, sin apuro, sin pausa, algún día va a colapsar sobre su propio centro; y todo va a ser parte de una misma nube de polvo y gases; y para qué Alonso, para qué María, para qué todos los relojes del mundo, todos los caballos muertos, todas las hectáreas de tierra seca.

La Nube

Al principio no era más que una madeja deshilachada, blanca y translúcida, colgando inmóvil del cielo como un dibujo. El año recién empezaba y todos estábamos entusiasmados. Martín arrancaba primer grado y Clarita cuarto. Pía había superado la peor etapa y hacía meses que no le agarraban los ataques de inquietud. Éramos felices. Con los días, la nube fue espesándose y tomando un tinte grisáceo. Pasada la primer semana ocupaba el cielo de punta a punta, se cerraba sólida sobre el horizonte.

En casa esperábamos la lluvia. Nos sentábamos bajo el toldo del patio porque ya venía, estaba por caer, y mirábamos el pedazo de cielo negro que se recortaba en la línea del edificio vecino. Martín y Clara jugaban con los caracoles que salían de docenas del cantero. Pía los miraba sonriendo y yo pensaba que sí, que teníamos una linda familia.

El calor fue subiendo despacio, desapercibido. Se lo toleraba porque bajaría en cualquier momento, cuando lloviese. Las ramas de los árboles caían pesadas hacia abajo. El aire se estancaba, quieto y pegajoso. Las habitaciones de la casa se impregnaron de un olor ácido, como a cartón mojado. Las paredes y los pisos se cubrieron de gotitas, todo

transpiraba. Los muebles empezaron a hincharse y se llenaron de babosas que se alimentaban de la madera húmeda.

Pía, al ritmo del calor, empezó a ponerse rara de nuevo. La energía parecía sobrarle, la desbordaba. Se quedaba hablando hasta muy tarde de lo linda que era la bruma, de lo misterioso que se había vuelto todo de repente.

La nube crecía hacia abajo, se volvía espumosa. Y desde el cemento húmedo subía la niebla. Uno de esos días saltó el primer trozo de parquet. Se elevó en el aire con un chasquido y cayó sobre la mesa mientras cenábamos. Pía largó un grito que parecía venir desde muy adentro, imposible de atajar. Después nos miró y estalló en una carcajada nerviosa. Mandé a Martín y a Clarita a acostarse y me quedé calmándola.

La llevé a la cama y me acosté con ella. Las sábanas se me pegaban a la espalda y no había forma de estar cómodo. La escuché hablar de fantasmas, contaba historias de su niñez en el campo, de cómo los muertos salían al amanecer mimetizados con la niebla. Hablaba como si los viera. O como si ellos estuviesen ahí, mirándonos a nosotros. Cuando se quedó dormida me levanté, estaba desvelado. Quise fumar un cigarrillo, pero ningún encendedor funcionaba y los fósforos se descabezaban sin encenderse. Los faroles de calle, bajo los halos de bruma, emitían una luz débil.

Los hongos lo cubrieron todo; una pelusa blanca omnipresente, sobre los pisos, los techos, los muebles. Una mañana, Martín resbaló y se dislocó el codo. El auto no arrancaba, el tambor se había oxidado y no podía hacer girar la llave. Subimos a un taxi que casi choca dos veces. No se veía absolutamente nada. Los autos aparecían de golpe, a centímetros. Yo llevaba a Martín a upa y a Clara sentada al lado; más allá, junto a la otra ventana, Pía colapsaba con la mirada perdida.

Dentro del hospital parecía de noche. Los médicos caminaban por los pasillos oscuros arrastrando los pies, como sonámbulos en bata. La sala de espera, enorme, parecía un baño de vapor. Se escuchaban murmullos apagados, toses, llantos. Había sombras que pasaban y desaparecían al alejarse.

Tardaron una hora en atender a Martín. Le acomodaron el hueso y le pusieron un cabestrillo. Pero la inflamación no bajaba y unos días después le aumentaron los analgésicos. La dosis era muy fuerte, le arruinaba el estómago y lo hacía dormir todo el día.

Pía no podía quedarse quieta. Iba por la casa tarareando melodías. A veces se quedaba en

silencio, escondida en la nube. Yo la buscaba sin poder encontrarla, hasta que de repente aparecía, su cara saliendo de entre la niebla, la garganta rugiendo. Después la risa, esa risa, que de nuevo se perdía en algún rincón.

Instalé a Martín en nuestra cama. Nuestra habitación era la más ventilada de la casa, el aire en el cuarto de los chicos era irrespirable. Clarita empezó a ayudarme con los quehaceres. Un día me acompañó al supermercado. Colas eternas, discusiones. Todos querían llevar más del cupo permitido. Al pagar había que sacar los billetes con cuidado, uno a uno, e ir depositándolos en la mano de la cajera para que no se deshicieran. Fueron dos horas de caminata, entre la ida y la vuelta. Las calles parecían desiertas y el cuerpo nos pesaba como madera húmeda. Conseguimos unas pocas latas de conserva oxidadas.

Las babosas y los caracoles ya eran plaga, estaban por todos lados. Caían del techo, nos subían por las piernas. Tratábamos de hacer barreras con sal, pero la poca que teníamos era una pasta que se adhería a nuestras manos. Clarita se ocupó de barrer los bichos hacia afuera hasta que empezó con los ahogos. El aire estaba cargado esporas que te cerraban a la garganta. La instalé en mi cama, con Martín. Por más que intentara acomodarlos quedaban en poses inverosímiles, como muñecos rotos. Cada vez que inhalaban, les subía desde del pecho un silbido sucio.

Pía perfeccionó sus escondites y ya no la encontré. Desde algún rincón, tarareaba en voz baja de la mañana a la noche.

La primera llaga la encontré en mi dedo índice. La piel se abrió dejando entrever unos hilos de carne rojizos. No sangraba, apenas supuraba un líquido aguachento. Me desnudé. Tenía el cuerpo repleto de pequeñas aberturas. Úlceras con labios tirantes, abiertos hacia afuera. No dolían, picaban. Revisé a los chicos y estaban igual. Los cuerpos casi inmóviles, hinchados y cubiertos de heridas.

Preparé una comida que no pudieron tragar. Tenían las mandíbulas duras. Cuando les acercaba el tenedor a la boca emitían un estertor ahogado, rechazándome. Me moví por la casa. La voz de Pía parecía venir de todos lados, como si se hubiera vuelto parte de la nube. Salí a la calle y traté de gritar, pero no tenía aire. Y tampoco sabía qué decir, o a quién decírselo.

Volví como pude y me acosté con los chicos. Estaba demasiado cansado, decidido a no levantarme más. No sé cuántas horas pasaron, si dos o veinte. El día se diferenciaba de la noche por un brillo débil que apenas llegaba hasta la ventana. Creí que me ahogaba y

apreté las manos, cerré los puños sobre las sábanas. Vi manchas de color que explotaban en la oscuridad y sentí un murmullo en los oídos, como una interferencia.

Supuse que morir era eso: una confusión creciente, un ruido molesto que alcanza un clímax y se apaga de golpe. Pero no. Estaba lloviendo.